

El otro zapatismo.

Luchas indígenas de inspiración ecológica en México*

Víctor M. Toledo



1. Maya - 2. Maya - 3. Mixe - 4. Tlapanec - 5. Popoluca - 6. Mixtec - 7. Tarahumara - 8. Otomi - 9. Huastec - 10. Mayo - 11. Tzeltal - 12. Nahuatl - 13. Purépecha - 14- Mazatec - 15. Huichol - 16. Zapotec

Fuente: Colectivo de solidaridad con la Rebelión Zapatista.

Con todas las miradas, nacionales e internacionales, puestas en el conflicto de Chiapas, se ha pasado por alto la existencia en México de un vigoroso proceso de resistencia indígena basado en un uso adecuado de los recursos naturales locales, la autogestión social y política y una inserción exitosa en los nuevos mercados creados por la globalización. Este *otro* zapatismo de inspiración ecológica, pacífico, pragmático y sobre todo realista, que crece, se reproduce y madura por todos los rincones del México rural, no sólo conforma un conjunto de iniciativas exitosas, también constituye un foco original de resistencia local frente al neoliberalismo y su globalización perversa, y es hoy por hoy la más importante fuente de experiencias autonómicas comunitarias y regionales de cuyas enseñanzas se puede nutrir una verdadera modernidad alternativa, única manera de lograr la paz en Chiapas y en las otras regiones indígenas y campesinas del país.

* Este ensayo es una versión modificada y mas corta del capítulo 3 del libro «La Paz y la Tierra: ecología, zapatismo y modernidad alternativa» de próxima aparición. Una versión en inglés de este ensayo aparecerá en la revista The Ecologist (Londres, Inglaterra).

Evocando la memoria revolucionaria de un progenitor histórico central, Emiliano Zapata, un ejército de indios mayas hizo visible al mundo entero la problemática situación de los pueblos indígenas en México. Hoy, observadores de todo el mundo están prestando atención a las acciones, iniciativas y negociaciones de los rebeldes zapatistas, de tal suerte que la rebelión indígena de Chiapas se identifica en los medios de comunicación y en los círculos académicos y políticos como la principal movilización social del México rural.

Los rebeldes de Chiapas sin embargo, no son los únicos actores batallando en el campo de México. En paralelo a la revuelta zapatista, numerosos movimientos sociales de inspiración ecológica han ido creciendo durante las últimas dos décadas en prácticamente todas las regiones indígenas del México rural. Estas acciones, menos conocidas pero exitosas, han sido llevadas a cabo por cientos de comunidades de campesinos y pescadores y sus organizaciones regionales y nacionales, y han sido desarrolladas por ellos mismos o con el apoyo de organi-

zaciones no gubernamentales, instituciones técnicas y científicas, algunas dependencias del gobierno y fundaciones progresistas de nivel internacional.

Estos movimientos que operan localmente constituyen, en conjunto, un movimiento generalizado de resistencia indígena de carácter pacífico. Este ensayo describe y analiza esta «revolución silenciosa», que reverbera a través del país, y llama la atención sobre su enorme potencial político, técnico, cultural e ideológico en la búsqueda de la paz y en la construcción de una modernidad alternativa.

ENTENDIENDO EL CONTEXTO: LA RIQUEZA BIOCULTURAL DE MÉXICO

México es, antes que todo, una sinfonía de texturas y tradiciones, un país privilegiado desde el punto de vista biológico y cultural. Su territorio es hogar de un gran número de especies de plantas, animales, hongos y otros organismos así como de una gran cantidad de pueblos indígenas que hablan diferentes lenguas. Como resultado, el país ha sido colocado entre las primeras diez naciones en términos de riqueza biocultural, y está considerado como uno de los centros principales de biodiversidad en el mundo, justo después de Brasil, Indonesia, Australia y Colombia.¹

Aunque mucho se ha especulado con respecto a esta desusada riqueza, la mayoría de los investigadores concuerdan en que la gran diversidad cultural y biológica de México es, a su vez, producto de otra característica igualmente importante: la heterogeneidad ecológica, un rasgo sólo igualado por India y Perú.² Y esta diversidad de ambientes junto a la riqueza de los recursos naturales fueron sin duda factores decisivos en hacer de México la cuna de las antiguas civilizaciones de Mesoamérica.

Como consecuencia, México es hoy el hogar de la mayor población de pueblos indígenas en América, hablantes de cerca de 230 diferentes lenguas y dialectos y pertenecientes a aproximadamente 50 principales culturas. A este sector indígena de México distinguido por la lengua y con una población estimada en 1990 de entre 10,5 y 12 millones, debe agregarse todo un contingente de población «mestiza», la cual difícilmente se distingue por su apariencia física, sus costumbres y su

cosmovisión de los miembros de cualquier comunidad indígena. Este otro sector al que G.Bonfil³ denominó los «indios desindianizados», sumado a los que hablan además alguna lengua diferente al castellano, dan lugar a una población de por lo menos 20 millones, es decir la quinta parte de los mexicanos y la mayoría de sus habitantes rurales.

Por lo anterior, en este ensayo utilizo el término indígena como sinónimo de las unidades de producción comunitarias que manejan recursos terrestres, acuáticos y marinos. En México, la mayoría de los ejidos, muchas cooperativas pesqueras y todas las comunidades, son entidades formadas de conjuntos de personas claramente descendientes de alguna de las culturas distintivas de Mesoamérica.

LA IMPORTANCIA ESTRATÉGICA DE LOS MESOAMERICANOS

A diferencia de muchos otros países ricos en diversidad biológica, en México los usuarios de los recursos naturales han obtenido la protección del estado y el amparo de las leyes para realizar un manejo comunitario. Tras la revolución agraria de comienzos del siglo, la Constitución de 1917 apoyó la reforma agraria y reconoció la propiedad comunal de la tierra en el artículo 27. Este reconocimiento constitucional ha proporcionado a las instituciones comunitarias de un «caparazón legal» en el difícil concierto de las relaciones económicas y políticas contemporáneas.⁴

Como resultado de lo anterior, hoy en día el sector descendiente de la matriz mesoamericana no sólo dispone de enor-

¹ Mittermier, R. Mittermier C. & Robles-Gil, P. «Megadiversidad: los países biológicamente más ricos del mundo», *Cementos Mexicanos y Conservation International*. 1998.

² Toledo, V.M. & Ordoñez, M.J. «The biodiversity scenario of Mexico: a review of terrestrial habitats», in Ramamoorthy, T.P. et al. (eds.) *The Biodiversity of Mexico: origins and distribution*, Oxford University Press, pp. 81-101. 1993.

³ Bonfil, G., *México Profundo: una civilización negada*, Edit. Grijalbo, México D.F. 1989.

⁴ Alcorn, J.B. & Toledo, V.M., «Resilient resource management in Mexico's forest ecosystems: the contribution of property rights», in Berkes, F. & Folke, C. (eds.), *Linking Social and Ecological Systems*, Cambridge University Press, pp. 216-249. 1997.

mes extensiones de propiedad agraria, también es apropiador, y custodio de la mayor parte de los recursos forestales, hidrológicos, biológicos y genéticos de México! En efecto, se ha pasado por alto el hecho de que en México los indios y los «indios desindianizados», poseen y manejan mas de la mitad del territorio nacional (3 millones de familias pertenecientes a cerca de 30.000 ejidos y comunidades que disponen de 103 millones de hectáreas) y representan casi el 70% del total de las unidades productivas rurales!

Este consorcio de familias y comunidades que es el sector clave en la producción de maíz, frijol, y otros granos básicos, también representa el productor mayoritario de otros productos agrícolas como la miel o el café, que es un principal producto de exportación de México.

Desde la perspectiva de los recursos naturales, los mesoamericanos son además los dueños y usufructuarios de alrededor del 80% de los bosques y selvas del país (bajo el manejo de entre 7.000 y 9.000 ejidos y comunidades), haciendo de México el laboratorio del experimento de manejo forestal comunitario mas importante del mundo.⁵ A lo anterior debe agregarse que bajo el control mesoamericano se encuentran la gran mayoría de las «fábricas de agua» del centro y sur del país, pues buena parte de las llamadas «áreas de refugio» para la población indígena coinciden con las partes altas de innumerables cuencas hidrológicas, en cuyos territorios se origina el agua que alimenta a innumerables hidroeléctricas, centros urbanos e industriales, zonas de agricultura de riego, áreas costeras de pesca y polos turísticos.

Los mesoamericanos disponen, finalmente, de los principales yacimientos biológicos y genéticos del país, es decir, de las áreas de mayor riqueza de especies de plantas, animales, hongos y otros organismos, y las que conservan aún el mayor número de variedades genéticas (germoplasma). Ilustra lo anterior el hecho de que el 70% de las áreas de centro y sur de México reconocidas como prioritarias por la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (CONABIO) correspon-

da a territorios de comunidades indígenas (Figura 1), o que la mayoría de las Reservas de la Biosfera del país, que son áreas bajo protección por su riqueza biológica, se traslapen o estén rodeadas con los territorios de comunidades y ejidos.

En resumen, un axioma fundamental ha sido inexplicablemente ignorado: en un mundo cada vez mas globalizado e integrado, donde todos los espacios y sectores sociales del planeta se vuelven cada vez más, no cada vez menos, interdependientes, los actores rurales, percibidos como un segmento atrasado, distante y de menor importancia, constituyen sectores estratégicos para la supervivencia de los conglomerados urbanos e industriales de toda sociedad. Y en México, como hemos visto, este sector se encuentra dominado por actores sociales que provienen de una matriz cultural antigua y diferente a la civilización occidental.

UN AMBIENTALISMO INESPERADO: LUCHAS RURALES DE INSPIRACIÓN ECOLÓGICA

Los analistas políticos que investigan a los campesinos y pescadores contemporáneos tienden a distinguir dos modos de lucha rural: aquellos que demandan derechos sobre la tierra o el agua (activismo agrario), y aquellos que buscan el control de sus procesos productivos (activismo económico). En el primer caso, las movilizaciones se enfocan exclusivamente a asuntos de tenencia de la tierra o del agua. Estos incluyen los millones de demandas por antiguos derechos territoriales o nuevas porciones de tierra, que han desembocado en las reformas agrarias de muchos países del Tercer Mundo. En el segundo caso, las movilizaciones obedecen a cuestiones de producción, comercialización y control sobre las decisiones productivas. Así, la apropiación del proceso productivo (incluyendo la comercialización) se convierte, sin abandonar las demandas previas, en el objetivo fundamental de las movilizaciones políticas de los grupos rurales. En teoría, las luchas económicas siguen, históricamente, a las demandas agrarias. Después de todo, las reformas agrarias no logran abolir los mecanismos de intercambio económico por los cuales a los productores rurales se les sigue extrayendo un excedente agrícola⁶ (la famosa «ley de San Garabato» del imaginario campesino: «compra caro y vende barato»).

⁵ Bray, D. «Peasant organizations and the permanent reconstruction of nature», *Journal of Environment and Development*, 4, , pp. 185-204. 1995.

⁶ Powelson, J.P. & Stock, R.. *The peasant betrayed: Agriculture and Land Reform in the Third World*. *Lincoln Institute of Land Policy*, Boston, Ma., pp. 302. 1987.



Figura 1. Áreas prioritarias para la conservación de la biodiversidad de México recomendadas por la CONABIO (Comisión Nacional para la Conservación y el Uso de la Biodiversidad), que se traslapan con territorios de población indígena (comunidades y ejidos).

Hoy, la perspectiva ecológica nos permite distinguir una tercera e innovadora forma de movilización política, especialmente ligada al uso apropiado de los recursos naturales, las prácticas agroecológicas, la defensa y conservación de ecosistemas y especies (bosques, lagos, manglares, ríos, arrecifes de coral, etc.), la resistencia al uso expoliador por actores externos de los recursos locales o contra la contaminación industrial (incluidos los desechos nucleares) de diferentes recursos. Hoy han sido documentados los conocidos casos de activismo ecológico a lo largo de la cuenca amazónica (desde los extractores de caucho hasta los movimientos indígenas que buscan la conservación de los bosques tropicales), en los países andinos, las luchas de los campesinos de Centro América o Asia o el ya célebre movimiento Chipko en la India en defensa de los bosques. Los análisis en estas iniciativas autogestionarias y de resistencia local, llamadas por J. Martínez-Alier el «ecologismo de los pobres», han proliferado en los últimos tiempos.⁷

EL CASO DE MÉXICO

Respondiendo a mecanismos que todavía quedan poco claros y que necesitan más investigación y conocimiento, cientos de

comunidades indígenas de México han iniciado, desde hace unas dos décadas, iniciativas y movimientos de resistencia en respuesta a problemáticas ligadas con la naturaleza.⁸ Estos movimientos han comenzado a ser documentados por algunos autores.⁹

En México, estos movimientos rurales cubren, entre otros, los siguientes aspectos: manejo sustentable de bosques tropicales en el sureste (principalmente en Quintana Roo, Campeche y Chiapas) y de bosques templados de montaña (Oaxaca, Michoacán, Durango y otros cinco estados); agricultura orgánica de vainilla (Chinantla, Oaxaca), miel (Colima), moscabado (Las Huastecas), cacao (Chiapas) y especialmente café (varios estados). Otras iniciativas indígenas incluyen programas de ecoturismo o de ecoartesanías, movilizaciones contra programas de construcción de presas o proyectos megaturísticos, así como defensa de recursos naturales locales o regionales amenazados por fuerzas externas, tales como los bosques del sur del Distrito Federal, las pesquerías de las lagunas costeras (Tabasco, Campeche y Michoacán), y la defensa de lagos (Michoacán, Jalisco), lagunas (Guerrero), manantiales (Estado de México) y ríos (Morelos).

Un primer recuento de estas experiencias arroja casi una veintena de iniciativas notables, las cuales movilizan a unas 2000 comunidades rurales principalmente de las porciones central y sur del país. La figura 2 da una visión general de las experiencias más importantes, y las siguientes secciones describen brevemente estas iniciativas desde una perspectiva sectorial.

El grueso de estas luchas, esto es su columna vertebral, lo forman sin duda las comunidades forestales y las cafetaleras. Aunque los bosques de las comunidades y ejidos son de propiedad comunal, éstos fueron largamente explotados durante décadas por compañías privadas y empresas estatales, dejando mínimos beneficios a sus poseedores locales a través del llamado «derecho de monte». Durante las últimas dos décadas, sin embargo, numerosas comunidades han ido recuperando el control sobre sus propios bosques. Hoy, docenas de comunidades forestales están comprometidas en una producción ecológicamente correcta de productos tanto maderables como no maderables tales como hongos, resinas, plantas medicinales, hojas de palma, gomas y especias. Dentro de este panorama destaca el papel de la Unión Nacional de Forestería Comunita-

⁷ Martínez-Alier, J., *Ecology and the poor: a neglected dimension of Latin American History*, *Journal of Latin American Studies* 23, p. 36. 1991; Guha, R. & J. Martínez-Alier. *Varieties of Environmentalism*, Cambridge University Press, Cambridge, UK. 1997; ver también: Guha, R. *Unquiet Woods: Ecological Change and Peasant resistance in the Himalaya*, University of California Press, Berkeley 1989. Taylor, B.R. (Ed) 1995 *Ecological Resistance Movements*, State University of New York Press, Albany, N.Y. 1989; Blauert, J. & Zadek, S. (Eds), *Mediating Sustainability: Growing Policy from the Grassroots*, Kumarian Press, Connecticut 1998.

⁸ Un inventario detallado de estos movimientos ha sido realizado por el autor con base en la revisión de literatura y archivos de periódico, contacto con organizaciones locales, regionales y nacionales y a través de la participación directa en reuniones, cursos de capacitación y otros eventos.

⁹ Nigh, R., *La agricultura orgánica y el nuevo movimiento campesino de México*, *Antropológicas*, no. 3, p.39. 1992; Toledo, V.M. *Toda la utopía: el nuevo movimiento ecológico de los indígenas y campesinos de México*, in J. Moguel et al (Eds), *Autonomía y Nuevos Sujetos en el Desarrollo Rural, Siglo XXI Eds México*, p.33. 1992; Bray, D.B., Op. cit.; Carruthers, D.V. *Agroecology in Mexico: linking environmental and indigenous struggles*, *Society and Natural Resources* 10, p. 259.1997.

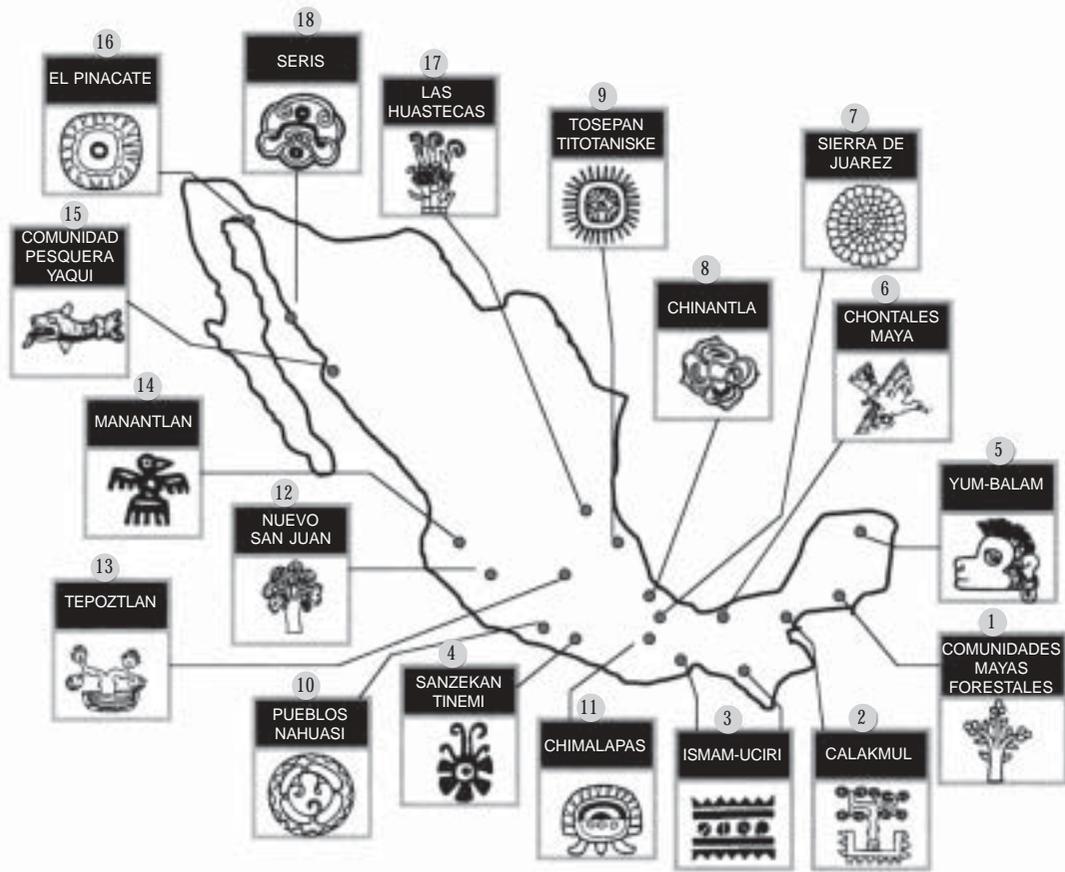


Figura 2. Dieciocho iniciativas, movilizaciones y experiencias de inspiración ecológica de comunidades indígenas del México contemporáneo.

1 Dueños tácitos de medio millón de hectáreas de bosques tropicales, las comunidades forestales mayas en el centro de Quintana Roo, tomaron control sobre las producción forestal después de casi dos décadas de luchas por la autonomía. Alrededor de 50 comunidades mayas, organizadas en cuatro uniones regionales y comprendiendo 8.000 familias, están manejando sustentablemente sus bosques para producir bienes maderable y no maderables. Entre estos últimos destaca el chicle, o goma de mascar natural, que es un derivado del jugo lácteo o látex del árbol de «chicozapote» o sapidilla, encontrado en los bosques tropicales de la Península de Yucatán, Belice, y el Norte de Guatemala. Como consecuencia de la organización productiva y la conciencia ecológica de las comunidades, 2500 extractores de chicle se han convertido en celosos guardianes del chicozapote y de su hábitat, y han creado una empresa que busca la comercialización justa de este producto .

2 En la Reserva de la Biosfera de Calakmul en Campeche un ambicioso programa de manejo sustentable está siendo implantado por las organizaciones locales que viven en los alrededores de la reserva, con asistencia técnica y financiamiento del Banco Mundial, los gobiernos de México y Canadá, y varias instituciones académicas. Su estrategia de uso múltiple permite a los poblados manejar los bosques tropicales para generar productos maderables y no maderables (chicle, pimienta, hojas de palma y fauna silvestre), al tiempo que promueven la producción de subsistencia (maíz, agroforestería, huertos familiares, áreas de ganado intensivo), apicultura y turismo ecológico y arqueológico.

3 El creciente y vigoroso movimiento de producción de café orgánico en México se entiende mejor examinando dos de sus iniciativas más notables: ISMAM (Indígenas de la Sierra de Motozintla en Chiapas) y UCIRI (Unión de Comunidades Indígenas de la Región del Istmo, en Oaxaca). Fundada hace mas de una década ISMAM es una organización de 1800 pequeños productores indígenas de cinco etnias que produce y exporta café orgánico a Europa, Estados Unidos y Japón. Promotora de la producción diversificada y la conservación, ISMAM produce miel, protege bosques y recursos de agua y

desarrollo proyectos de ecoturismo. UCIRI por su parte es una organización multiétnica y multicomunitaria surgida en 1986 que agrupa 2,500 productores mixes, zapotecos y mixtecos de 49 comunidades y que exporta café orgánico a Europa (principalmente Alemania y Suiza). Entre sus logros se cuenta la integración de sistemas cafeticolas bajo sombra diversificada, control biológico, abonos orgánicos y un estricto control de calidad, además de producción orgánica de otros cultivos, creación de terrazas y barreras vivas y programas de salud, nutrición, transporte, infraestructura, investigación y un centro de educación y capacitación para jóvenes campesinos.

4 Sanzekan Tinemi es una organización regional de indios nahuas de La Montaña en el estado de Guerrero. Cubriendo siete municipios con una población indígena cercana a los 40,000, esta organización está apoyando un programa para garantizar la producción sustentable de una palma del bosque tropical caducifolio (*Brahea dulcis*), cuyas hojas son utilizadas en la localidad para artesanías y productos de subsistencia. Bajo el liderazgo de Sanzekan Tinemi, varias comunidades están creando reservas productivas, programas de reforestación y rutas de comercialización más equitativas de la hoja de palma.

5 El internacionalmente aclamado megaproyecto turístico que ha estado induciendo impactos destructivos a nivel social y ambiental en el corredor Cancún-Tulum en Quintana Roo, ha sido cuestionado por Yum Balam, una organización regional de 40 comunidades indígenas mayas. Esta organización indígena y su equipo técnico están buscando maneras de impulsar el desarrollo de un programa no convencional de turismo ecológicamente aceptable basado en el respeto tanto de la naturaleza como de la cultura maya.

6 Tabasco es la región petrolera más productiva de México y la entidad más abundante en cuerpos de agua de la nación, y cuna y habitat principal de los indios chontales, quienes desde tiempo inmemorial han dependido de la tierra y del agua para existir. Como la riqueza de aguas de Tabasco está siendo recurrentemente contaminada por la explotación petrolera, los chontales se han organizado para proteger sus recursos y su futuro. Durante las últimas décadas han bloqueado los pozos petroleros innumerables veces, en unión de otros campesinos y pescadores locales. La primera movilización para hacer frente a la contaminación petrolera fue realizada desde finales de los sesenta por el llamado Pacto Ribereño.

7 Oaxaca es el estado mexicano con la mayor diversidad biológica y hogar de pueblos indígenas hablantes de más de cien lenguas y dialectos. La Sierra de Juárez de Oaxaca está considerada de gran importancia porque es rica tanto en especies de flora y fauna, un centro importante de endemismos (especies de distribución restringida), y una fuente clave de agua. Esta región, habitada principalmente por comunidades indígenas, ha sido también el escenario de una de las más conocidas luchas por la autonomía y la defensa de los recursos comunales. En los cincuenta, los bosques de la región era manejados por una compañía paraestatal. En 1980, 13 comunidades indígenas se unieron para crear la Organización para la Defensa de los Recursos Naturales de la Sierra de Juárez (ODRENASIJ). Su objetivo principal fue el evitar el renuevo de la concesión, devolviendo a las comunidades el derecho de manejar sus bosques. Después de casi dos décadas, las comunidades zapotecas y chinantecas de la Sierra de Juárez han creado formas muy exitosas de manejo comunal del bosque y otros recursos naturales, incluyendo la creación de varias reservas naturales y ecoturismo.

8 Habitadas desde tiempo inmemorial, las áreas de México originalmente cubiertas de selvas altas siempreverdes continúan siendo el territorio de 23 grupos indígenas con una población de 1,6 millones, una cifra que supera a la población indígena de toda la cuenca amazónica (estimada en poco más de un millón). La Chinantla, una región tropical húmeda en el estado de Oaxaca, está habitada desde tiempos prehispánicos por los indios chinantecos (con una población de aproximadamente 90,000), quienes en años recientes han promovido iniciativas autogestionarias dirigidas a defender su cultura y a defender y manejar adecuadamente sus recursos naturales locales. Actualmente, varias organizaciones comunales están conservando las selvas tropicales para generar varios productos no maderables, principalmente vainilla, café, hoja de palma, barbasco, pita (la fibra de una epífita) y plantas medicinales.

9 En las montañas de la llamada Sierra Norte de Puebla, cerca de 5800 familias de indios nahuas han creado una cooperativa regional: Tosepan Titotaniske («unidos venceremos»). A través de esta organización, las comunidades indígenas producen café orgánico a la sombra de árboles de pimienta, hule, aguacates y otras especies útiles, y reciclan los desechos de café usando su pulpa para la producción doméstica de hongos y el procesamiento de vermicomposta, que a su vez se utiliza como fertilizantes en los bosques manejados con vainilla.

10 En México, numerosas comunidades indígenas fueron afectadas por proyectos hidroeléctricos durante las décadas precedentes, particularmente en los estados sureños de Veracruz y Oaxaca. Remontando esta tradición, por primera vez en la historia de México un proyecto importante de construcción de una presa fue exitosamente bloqueado por las protestas de los pueblos nahuas en la región trópic subhúmeda del Alto Balsas en el estado de Guerrero. Esta organización regional promueve hoy en día programas de desarrollo autogestivo con base en el manejo adecuado de los recursos locales.

11 De las pocas áreas que aún quedan en México con selvas altas siempre verdes, la región de Los Chimalapas y sus áreas circundantes es la más importante. Los Chimalapas está ubicado en el corazón del Istmo de Tehuantepec, justo donde se encuentran los estados de Oaxaca, Veracruz y Chiapas. La gran importancia ecológica de Chimalapas, su biodiversidad y su buen estado de conservación hacen de la protección de esta área natural una alta prioridad nacional. En esta perspectiva, es muy importante destacar el proceso iniciado por las comunidades indígenas zoques y pueblos asociados quienes son los dueños históricos y contemporáneos de estas selvas (mas de medio millón de hectáreas). Estas comunidades indígenas, junto con organizaciones ambientales, agencias conservacionistas y científicos mexicanos y extranjeros están intentando crear la primera «reserva campesina ecológica» del país.

12 La comunidad indígena de Nuevo San Juan Parangaricutiro, en el corazón de la Meseta Purhépecha en Michoacán, constituye una de las experiencias de manejo forestal comunitario más impresionantes del mundo. Nuevo San Juan es una comunidad indígena con más de 1200 familias, que ha desarrollado un programa ejemplar de manejo de recursos naturales en su territorio de 18,000 hectáreas. Basada en la producción de madera, astilla y resina, el procesamiento industrial y su comercialización nacional e internacional, la comunidad produce también maíz, aguacate, frutas y ganado, y maneja el agua, los bosques y la fauna silvestre para su conservación, ecoturismo y educación ambiental.

13 A principios de 1995, un megaproyecto para promover el turismo mediante campos de golf y otras facilidades (hotel y condominios), amenazó la reserva ecológica, los manantiales y las tierras comunales de Tepoztlán, Morelos. Como es bien sabido, la férrea resistencia de la comunidad canceló el proyecto e indujo un gobierno local independiente. Hoy, la comunidad de Tepoztlán está llevando a cabo varios proyectos locales de inspiración ecológica.

14 Las comunidades indígenas que habitan la Sierra de Manantlán, una accidentada cadena montañosa con bosques en Jalisco, estuvieron permanentemente amenazadas por talamontes y ganaderos, hasta que la región fue declarada Reserva de la Biósfera en 1987. La Sierra de Manantlán logró fama internacional en 1977 cuando una especie progenitora del maíz, el llamado teosinte, de importancia genética mundial, fue identificada. Habitadas desde tiempos inmemoriales, las 345.000 ha de la reserva están siendo protegidas por los investigadores y promotores de la Universidad de Guadalajara en coordinación con las comunidades nahuas, que han creado comités locales de derechos humanos, demandado respeto para su cultura y expresado solidaridad con los rebeldes zapatistas.

15 Un decreto presidencial en 1972 concedió derechos exclusivos a los pescadores de la Comunidad Pesquera Yaqui, en el estado de Sonora. Durante este tiempo, la cooperativa ganó reputación como un modelo de desarrollo exitoso de pesquerías de pequeña escala en México. Hoy, cuando invasores no indígenas están pescando en el área y el gobierno mexicano trata de establecer una reserva federal (Bahía de Lobos), los indios yaqui de nuevo demandan respeto para los derechos de la tierra y aguas comunales y están retomando el control sobre sus recursos pesqueros.

16 Los O'odham, hablantes del pima, han vivido durante miles de años en el extenso desierto de Sonora, hoy fracturado por la frontera entre México y Estados Unidos. Nominada reserva de la Biósfera por la UNESCO, la sierra El Pinacate, hogar de los O'odham, fue declarada área natural protegida por el gobierno mexicano en 1993. Hoy, las comunidades O'odham están demandando la participación activa en el manejo de la reserva de El Pinacate.

17 La región conocida como Las Huastecas en el centro de México, es la porción más norte de las selvas altas siempreverdes en América y hogar de cientos de comunidades indígenas nahuas, huastecas y de otros grupos culturales. Durante 1996 un intenso programa de capacitación en agroecología preparó promotores de 57 comunidades indígenas para proyectos locales.

18 Los indios seri son el último grupo nómada de México. Habitantes de las costas de Sonora, aprendieron a subsistir de los recursos del mar (peces, tortugas y un pasto marino) del golfo de California y de las plantas y animales del desierto de Sonora. Hoy, los seris están involucrados en un programa de autovaloración cultural y rescate de sus conocimientos sobre la naturaleza y en un proyecto de ecoturismo y manejo de la vida silvestre en la isla Tiburón.

ria (UNOFOC) que impulsa entre sus agremiados (550 comunidades y ejidos) una producción forestal ecológicamente adecuada, y que aglutina numerosas experiencias exitosas a nivel nacional e internacional tales como la Comunidad Indígena de Nuevo San Juan en Michoacán, las comunidades forestales mayas de Quintana Roo, o las comunidades indígenas de las Sierras Sur y Norte de Oaxaca. La adecuada actividad forestal de estas comunidades ha sido certificada por el Forest Stewardship Council.

En el contexto de la producción mundial de café, México, ocupa actualmente el cuarto lugar en términos de volumen y el quinto en términos de superficie cosechada. Se estima que el número de productores de café alcanza aproximadamente los 200.000, quienes cultivan alrededor de 700.000 ha. En México, el 70 % de la producción de café la realizan productores de comunidades rurales. Una gran parte de este sector comunal está formada por productores indígenas de 28 culturas entre los que destacan los zapotecos, mixtecos, mixes, totonacas, nahuas, huastecos, tzetzales, zoques, tojolabales y chatinos.¹⁰ Estos productores indígenas, mantienen plantaciones agroforestales de café a la sombra, con varios estratos y especies (policultivos), que contrastan con las modernas plantaciones

agroindustriales de café bajo sol, que utilizan agroquímicos y generan deforestación y erosión de suelos. Como resultado de lo anterior, México es el primer país productor y exportador de café orgánico certificado del mundo (representando la quinta parte del volumen total), una parte substancial del cual es generado por productores indígenas. De acuerdo con la Coordinadora Nacional de Organizaciones Cafetaleras (CNOC), que aglutina unos 75.000 pequeños productores, hacia 1996 el café orgánico lo producían unos 11.500 productores de 450 comunidades de Chiapas, Oaxaca, Guerrero y otros estados.

Un contingente importante de comunidades rurales, realiza iniciativas ligadas con la conservación. En efecto, puesto que las principales Reservas de la Biósfera de México están rodeadas por ejidos y comunidades, hoy existen numerosas demandas locales que reclaman una participación activa en el manejo de las áreas protegidas. Esta situación es especialmente notable en el sur (Montes Azules, Calakmul, Santa Marta), pero también prevalece en las porciones del centro (Reserva de Chimalapas, de la mariposa

¹⁰ Moguel P. & Toledo V.M. *El café en México: ecología, cultura indígena y sustentabilidad*, Ciencias 43, p.40. 1996. Véase también el artículo siguiente.

Monarca y Manantlán) y del noroeste (Bahía de Lobos y El Pinacate) del país (ver casos 2, 11, 14, 15 y 16 de la Figura 2). En este contexto, es importante señalar los procesos iniciados por algunas comunidades indígenas, organizaciones ambientales, grupos conservacionistas y científicos mexicanos para crear reservas ecológicas de manejo comunal mediante la implementación de programas de desarrollo sustentable, tal como sucede en Calakmul (Campeche), Los Chimalapas (Oaxaca), o en la reserva de la Mariposa Monarca en Michoacán.

Además de las batallas contra la construcción de presas, que desplazan a miles de personas, anegan sitios sagrados, e inundan tierras fértiles para la agricultura o con bosques, en México existen innumerables ejemplos de luchas indígenas por el agua. Ejemplos notables de lo anterior son los casos de Tepoztlán y Apatlaco en Morelos y de Petacalco (Guerrero) y Zirahuén (Michoacán). Especial mención merecen los indios chontales quienes luchan desde hace dos décadas contra la contaminación petrolera de los ríos y lagunas de Tabasco. Otras experiencias existen en torno a la producción agroecológica, el ecoturismo, la recolección o extracción de recursos vegetales o animales (grana cochinilla o caracol púrpura) y la producción ecológicamente adecuada de artesanías.

EL AMBIENTALISMO INDÍGENA: ¿UNA CREACIÓN POSTMODERNA?

Las experiencias de las comunidades indígenas de México descritas en este ensayo, son un fenómeno notable en el recientemente documentado «ecologismo de los pobres» que está creciendo vertiginosamente en el Tercer Mundo, y representan, en el fondo, ejemplos concretos de modalidades novedosas que apuntan hacia una modernidad alternativa. Su principal virtud es que han logrado generar fórmulas que parecen resolver la simple presente contradicción entre «tradición» y «modernidad». En cierto sentido, son ejemplos perfectos del fenómeno que García-Canclini¹¹ describió como «culturas híbridas» para la América Latina postmoderna. Se trata, en efecto, de expe-

riencias locales y microregionales, donde las estructuras tradicionales comunitarias, heredadas de un largo proceso histórico, se han potenciado en su articulación con el mundo exterior, a través de una cierta «alianza con la naturaleza», es decir, mediante la defensa y el uso adecuado de los recursos naturales locales. Este potenciamiento ha permitido a las comunidades y a sus organizaciones microregionales, estatales e incluso nacionales, pasar a la ofensiva en un mundo que por definición les es notablemente hostil.

Paradójicamente, la clave de su éxito ha sido la revitalización de muchos de los principios y valores que contradicen el paradigma social dominante: solidaridad social y conciencia comunitaria frente al individualismo, democracia de base frente a democracia formal, uso diversificado de los recursos frente a uso especializado, acumulación colectiva, no individual, de capital. Ello significa, nada más y nada menos, que la adecuación de la estructura, la racionalidad y la filosofía comunitarias en el no poco hostil universo mercantil, materialista, individualista, cibernético y global del mundo moderno. En el fondo se trata de colectividades que han logrado «domesticar» o poner bajo control social los procesos externos provenientes del mundo moderno, que tienden a afectarlas o destruirlas.

De las iniciativas más sobresalientes examinadas en este ensayo pueden derivarse cinco fenómenos principales: (1) defensa de los valores culturales tradicionales; (2) mantenimiento y/o reproducción de la estructura comunal basada en la equidad entre los miembros de la comunidad y el consenso a través de la asamblea comunitaria; (3) alta eficiencia tecnológica y administrativa; (4) control colectivo de los procesos económicos e intercambios basados en un cierto «equilibrio productivo»; y (5) uso conservacionista de los recursos naturales.

Los pueblos indígenas no consideran a la tierra como un mero recurso económico. Bajo las cosmovisiones indígenas, la naturaleza es la fuente primaria de la vida que nutre, apoya y enseña. La naturaleza es, por lo tanto, no sólo una fuente productiva sino el centro del universo, el origen de la cultura y de la identidad étnica. En el corazón de este estrecho lazo está la percepción de que todas las cosas vivientes y no vivientes y los mundos naturales y sociales están intrínsecamente ligados (principio de reciprocidad). Por ello, la defensa de la (su) naturaleza es también la defensa de su (la) cultura.

¹¹ García-Canclini, N. *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México, 363 pp. 1989.

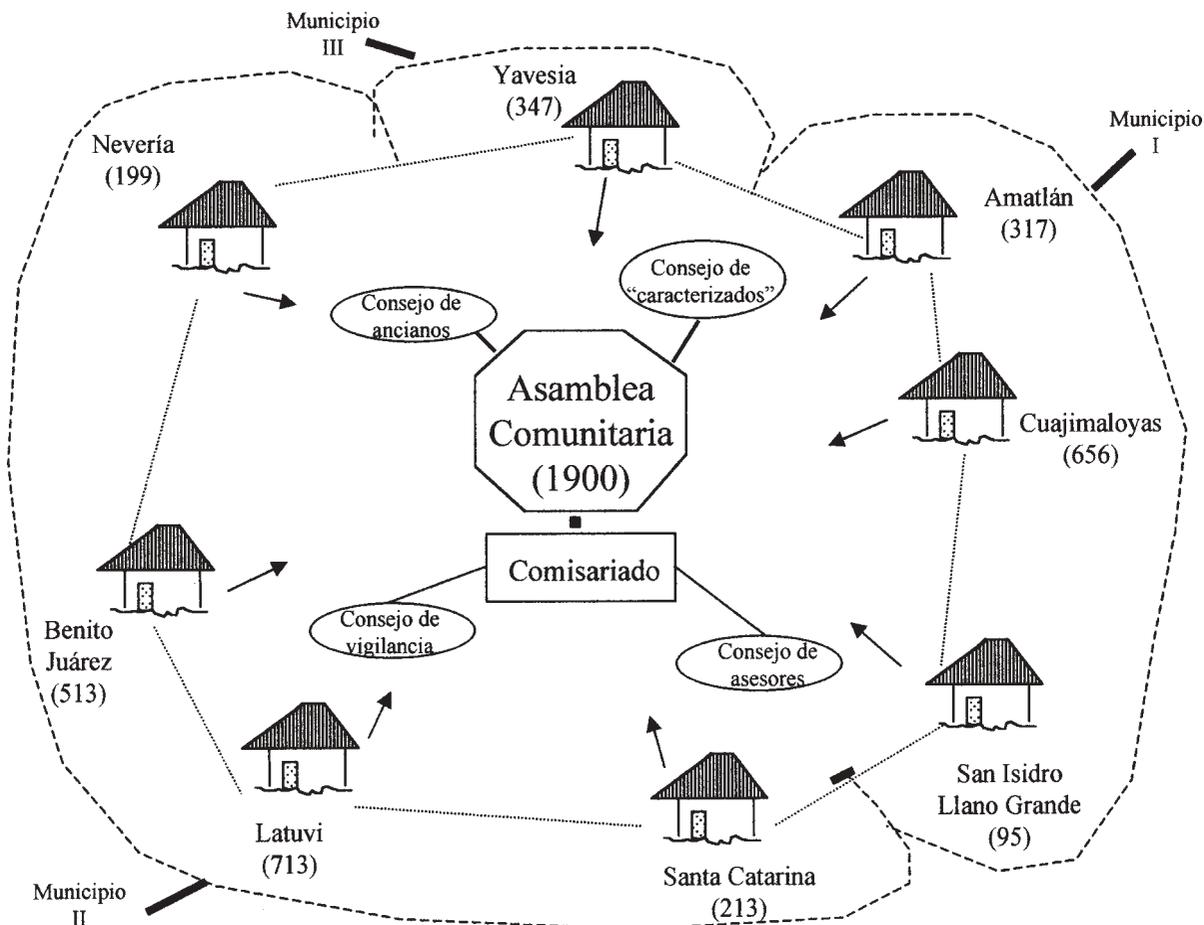


Figura 3. El acceso colectivo y el manejo comunal de los recursos naturales ha sido un tema profundamente debatido en la antropología económica y en la ecología política contemporáneas. En México la vigencia o anacronismo de las estructuras comunitarias ha sido debatido más desde posiciones ideológicas y dejando fuera la dimensión productiva y ecológica. La viabilidad de las estructuras políticas que gobiernan las comunidades rurales en México y su adecuación a las condiciones actuales de integración económica y globalización pueden ser ilustrados por el caso de los «Pueblos Mancomunados» de Oaxaca, un consorcio de ocho comunidades zapotecas de la Sierra Norte de Oaxaca. «Pueblos Mancomunados» (población= 3275 en 1995) mantiene un territorio de cerca de 30.000 ha, dos tercios de las cuales son bosques templados. Según el acuerdo comunal firmado el 6 de octubre de 1995, esta organización está llevando a cabo un programa de desarrollo sustentable que incluye un manejo conservacionista de los bosques, suelos y agua, agricultura orgánica, minería, ecoturismo, así como incremento de las condiciones sociales a través de la educación, la salud, las actividades domésticas y la infraestructura sanitaria. Para realizar lo anterior, y no obstante su completa articulación a los mercados nacionales e incluso internacionales, sus decisiones y actividades permanecen reguladas por las instituciones tradicionales. La asamblea de la comunidad, formada por 1900 comuneros (o jefes de familia) opera como la máxima autoridad, auxiliada por dos instancias: el consejo (A) de ancianos (alrededor de 30) y el consejo (B) de «caracterizados» o gente sabia (alrededor de 60). Cada comunero tiene los mismos derechos de participación y voto. La asamblea de la comunidad, a su vez, elige miembros para servir en el comisariado, que es la mayor autoridad ejecutiva y administrativa, así como para los dos consejos adscritos a aquel: el consejo (C) de vigilancia y el consejo (D) de asesores. Las autoridades municipales requeridas por la legislación nacional, son también elegidas por consenso entre los comuneros a través de la asamblea. Todos estos puestos son obligatorios y sin remuneración económica. La elección para cada cargo es por voto en la asamblea de la comunidad y para llegar a una posición de alto nivel, la persona tiene que ir ascendiendo lentamente dentro de un proceso que por lo común lleva entre diez y veinte años.

Lo mismo puede decirse de otra expresión de la cultura indígena, la organización social. La mayoría de estos movimientos, como señala R. Nigh,¹² utilizan la organización colectiva basada en los conceptos tradicionales de reciprocidad, propiedad comunal y trabajo voluntario, para crear organizaciones empresariales que son capaces de proveer productos de alta calidad a precios competitivos en el mercado. De esta manera, muchos movimientos están creando formas innovadoras de la organización del trabajo mediante las cuales se establece un proceso de «acumulación comunal» del capital inspirado en los valores tradicionales del igualitarismo y la democracia comunitaria (véase figura 3).

Otro aspecto a considerar es el equilibrio productivo. En la tensión que se establece entre los valores de uso y los valores de cambio, esto es, entre una racionalidad productiva dirigida exclusivamente a la subsistencia y otra que vuelca todo lo que se produce al mercado, estas experiencias tratan de encontrar un equilibrio. Este equilibrio se apoya en mecanismos que mantienen el valor de cambio supeditado a los intereses y a las necesidades de la comunidad. Por lo tanto, el equilibrio productivo busca garantizar la reproducción de las comunidades mediante una fórmula en donde la naturaleza (los intercambios ecológicos que garantizan la autosuficiencia) opera como un aliada que permite aventurarse en las turbulentas aguas del mercado.

Finalmente, el mantenimiento de una estrategia de uso múltiple representa otro mecanismo interesante de estas iniciativas. El uso múltiple de los recursos es un principio inherente a la racionalidad ecológica campesina¹³ que permite y promueve la heterogeneidad paisajística y la diversidad genética y biológica, así como un equilibrio de los flujos de materias y de energía a través de los ecosistemas. El uso múltiple se basa en una distribución relativamente equitativa del territorio comunal en áreas dedicadas a la agricultura, la ganadería y la explotación forestal. Este principio de equilibrio del paisaje se encuentra en total oposición a los intentos por convertir los

recursos naturales de la comunidad en «pisos de fábrica» para la producción especializada que induce la modernización agroindustrial.

EN BUSCA DE UNA MODERNIDAD ALTERNATIVA: EL NEOZAPATISMO ECOLÓGICO

Emiliano Zapata (1879-1919), hijo de campesinos indios, no sólo fue uno de los líderes indiscutibles de la Revolución Mexicana, con el paso del tiempo se convirtió además en el símbolo permanente de la lucha indígena en México por tierra y justicia. La lucha de Zapata por una ley que reconociera el sistema tradicional indígena de tenencia comunal de la tierra y su insistencia en la redistribución de la misma, se convirtió en el objetivo primordial de la Revolución. Hoy, el legado de Zapata se encuentra certificado por los tres millones de unidades productivas campesinas (ejidos y comunidades) que son dueñas de la mitad del territorio del país y por las demandas de más de dos millones de familias sin tierra.

La tierra, sin embargo, nunca ha sido una condición suficiente sino un requisito necesario de la emancipación campesina. Como se ha demostrado teórica y prácticamente, la distribución de la tierra no ha resuelto las precarias condiciones de los campesinos del Tercer Mundo, quienes continúan jugando el papel casi eterno de sector explotado por el resto de la sociedad. La demoledora crítica que la economía política primero y la ecología política después han realizado contra la modernización agroindustrial de las áreas rurales, ha desvelado una amplia gama de mecanismos que llevan inevitablemente a la doble destrucción de las comunidades campesinas y de los recursos naturales (suelos, agua, diversidad biológica y genética, ciclos y equilibrios ecológicos). Lo anterior es el resultado de varios mecanismos que tienden a perpetuar y aun a acentuar el intercambio desigual entre las familias y comunidades campesinas y los sectores urbanos e industriales: paquetes tecnológicos ecológicamente destructivos (agroquímicos, semillas genéticamente modificadas, máquinas), estrategias de producción especializadas y de gran escala, precios bajos a los productos agrícolas y a las materias primas, insumos cada vez más costosos

¹² Nigh, R. Op. cit..

¹³ Toledo, V.M.. «The ecological rationality of peasant production», in Altieri, M. & S. Hecht (eds.), *Agroecology and Small Farm Development*, CRC Press, Boca Raton, Florida, p. 51. 1990.

(herramientas, máquinas, créditos). En suma, todo aquello que la sociedad dominante ofrece (e impone) envuelto en papel celofán y con una etiqueta que dice «modernización».

Por todo lo anterior, las experiencias descritas en este ensayo no sólo afirman el legado de Zapata, también lo renuevan y sobre todo lo insertan por completo en la búsqueda de una nueva modernidad, la cual no puede ser sino ecológica, es decir, resolutoria de esa contradicción que ha engendrado la civilización industrial entre la naturaleza y la sociedad. Una contradicción que en el caso de los actores rurales los condena a modernizarse a costa de sacrificar tanto su propia cultura e idiosincrasia como los recursos naturales locales y regionales. Su zapatismo es, por otra parte, irrefutable porque no es manifiesto, pues obedece al reino instintivo de la supervivencia del mundo campesino y al indisoluble vínculo, tan remoto como contemporáneo, de lo humano con lo natural.

Para la discusión política que la rebelión de Chiapas ha desencadenado tanto a escala nacional como internacional, el recuento de este *otro* zapatismo no puede ser mas oportuno. Estas experiencias están logrando a través de la producción, el comercio, la organización social y un uso inteligente de los recursos naturales, lo que los rebeldes de Chiapas visualizan

como objetivos supremos de su lucha: autonomías locales y regionales, incremento de la calidad de vida, afirmación de la cultura, autogestión. Incluso para quienes se atreven a suponer que estas iniciativas son políticamente ingenuas, ahí están rigurosamente presentes las evidencias que certifican un conjunto de éxitos (productivos, tecnológicos, comerciales, de organización), que en esencia son logros políticos. Y es que en el fondo se trata de pequeñas pero importantísimas batallas ganadas por lo local a lo global, por lo colectivo a lo individual, por lo histórico a lo «instantáneo», en fin, por lo «tradicional» a lo «moderno», batallas que nos anuncian los perfiles de lo que puede ser una verdadera modernidad alternativa.¹⁴

¹⁴ Agradezco a los siguientes colegas el haberme proporcionado información para este ensayo: D. Bray, E. Boege, D. Vázquez, G. Ramírez, J. Martínez, L. Concheiro, F. Eccardi, E. Velarde, E. Jardel, S. Graff, A. Argueta, J. Aguilar, J. Blauert, B. Ortiz, D. Sotres, S. Anta y R. Nigh. Igualmente a Joan Martínez-Alier y David Barkin por la revisión crítica de una versión preliminar. Finalmente, a Pablo Alarcón y Amaya Rodríguez Aldabe por su asistencia técnica.



Entidad no lucrativa para la sensibilización ciudadana

Servicio de venta por correo de libros y publicaciones sobre:

Ecología Social - Interculturalidad - Mujer: Voces y Propuestas

Solidaridad Norte/Sur - Nuevos Movimientos Sociales

Economía Sustentable - Comercio Justo/Consumo Responsable

Si deseas recibir regularmente nuestros catálogos, envíanos tus datos por correo, teléfono o fax. Te tendremos al corriente.

TRANSFORMA - Apartado 13.067 - 08080 Barcelona

Tel. (93) 301 17 26 (tardes) - Fax (93) 317 82 42

e-mail: icariaep@terrabit.ictnet.es